

pleto; obra clásica, única: un descubrimiento semejante al de la imprenta, al de la brújula, al del vapor, pero un descubrimiento que aplica la fuerza moral de las inteligencias individuales a mover la gran máquina social hasta ser hoy arrastrada, más que dirigida, tirada por resortes ficticios, compuesta de combinaciones heterogéneas, mosaico monstruoso de trozos unidos de feudalismo, superstición, privilegios de castas, legitimidades, santidades y otros elementos contranaturales, y escombros de ese diluvio de tinieblas que inundó al género humano durante centurias”.

Gina Zabudowsky

Cultura y poder. ¿Temática nueva o reencuentro afortunado?

En un momento en que la sociología mexicana busca nuevos rumbos, me ha parecido pertinente iniciar una reflexión en torno al desarrollo en el análisis de dos temas importantes para la sociología: el poder y la cultura.

En el caso del segundo tema, ello lleva a interrogarnos acerca del débil desarrollo de los estudios al respecto y a buscar los caminos que pudiera conducir a estudiarla a través de un enfoque sociológico que recoja lo mejor de los clásicos y al mismo tiempo asimile la amplitud de miras de filósofos, literatos, periodistas y profesionales de diversas ciencias sociales que han sabido trascender las fronteras de sus respectivas disciplinas o quehaceres para plantearse los problemas nacionales, entre ellos los que atañen al uso y abuso del poder en los vastos términos de la cultura.

Cultura y poder, fenómenos culturales y fenómenos políticos, han sido escogidos como objeto de estudio por los grandes sociólogos. Finalmente, ¿dónde si no es en el campo de lo social en que se objetiva ese “y” que colocamos entre cultura y política? El sociólogo ha pretendido siempre encontrar a nivel analítico las interrelaciones que vuelven inteligible ese fenómeno que, cultural o político, él reivindicará como social.

Durkheim y Weber no tenían ninguna duda de que al analizar las religiones totémicas o la ética protestante hacían sociología, de que cuando reflexionaban sobre la democracia o sobre las modalidades de la dominación también estaban haciendo sociología.

Pasando al aquí y ahora, sorprende comprobar que no resulta evidente que la cultura sea un tema importante de la investigación sociológica: más bien parece ser un tema secundario en los intereses de los científicos sociales en México. No podría decirse lo mismo del poder.

El poder siempre ha ejercido una especie de fascinación sobre el intelectual: como objeto de estudio y como vocación. Y es que la relación entre el intelectual y el poder

no es circunstancial y por ello no puede entenderse satisfactoriamente en términos de opciones individuales sujetas a una calificación moral.

El carácter de esta relación es profunda y se visualiza sin dificultad si por una parte consideramos que la legitimidad que todo poder requiere, se alimenta necesariamente de un cuerpo de símbolos, de ideas, creencias o, si se quiere, de “valores culturales” ligados a la autoridad, que son en gran parte producto de elaboraciones y desarrollos realizados por intelectuales. Paralelamente esta competencia simbólica propia de las actividades del intelectual, lleva consigo la posibilidad de crítica y rechazo, en diversos grados, hacia los valores heredados. Asimismo, la historia nos muestra que otra de las maneras en las que el intelectual interviene en su sociedad, ha sido a través del ejercicio directo de funciones de autoridad, especialmente en situaciones que requieren en mayor grado de esa sensibilidad fuera de lo común para el manejo de “lo sagrado”, que Shils atribuye a esta minoría social.¹

Nuestro país, por su pasado colonial y por las vicisitudes de su vida independiente ha requerido constantemente de enriquecer un cuerpo simbólico que permita defender su sentido de coherencia y de afinidad lo cual se expresa también como búsqueda de la “identidad nacional”. Querámoslo o no, a finales del siglo XX nuestra tradición intelectual nos incita todavía a seguir buscando respuestas a esas necesidades, necesidades ligadas al poder.

No debiera pues extrañar a nadie, que la mayor parte de los sociólogos mexicanos pensemos en la política y la cultura (en ese orden), aunque al hablar o escribir, un prurito lógico nos lleva a preferir situar a la cultura en primer lugar. Creo que esta “sobrepolitización” tiene efectos mistificadores que pueden tratar de atenuarse.

Me gustaría plantear aquí algunas preguntas cuyo sentido consiste en mostrar la necesidad de hacer, de cuando en cuando, un poco de sociología de la sociología que nos volviera comprensibles los cambios de temática y aun las modas de las que participamos en mayor o menor medida. ¿Cómo se explica el casi total abandono de los temas culturales en la sociología mexicana? Otro misterio: la lectura de la bibliografía nacional y extranjera sobre el sistema político mexicano nos indica que ya desde los 60 años se señalaba reiteradamente la importancia de condicionantes de orden cultural para entender las actitudes y comportamientos a los que los autores hacían referencia en sus análisis. ¿Por qué entonces la interacción entre cultura y política no logró atraer el interés de los investigadores?, ¿qué circunstancias propiciaron este olvido?

Pienso que el aclarar estas cuestiones seguramente nos ayudará para proponer con realismo nuevas líneas de investigación, que tiendan a llenar las lagunas existentes.

Nada de lo dicho hasta aquí tiene sentido sin la convicción de que el “pensar sociológico” posee la capacidad de penetrar en esa realidad sujeta a cambios brutales

¹ Edward Shils, *The intellectuals and the powers (and other essays)*. The University of Chicago Press, 1972.

que es México hoy, y mostrarnos la relevancia de la dimensión cultural, en la microfísica y en la macrofísica del poder. No hay nada nuevo en ello: la sociología se encuentra marcada desde sus orígenes como una ciencia de la cultura, y retomar esta vocación primaria es particularmente importante cuando surge, como en estos días, una preocupación por entender al país más allá de sus políticas y de sus políticos, de entendernos a nosotros mismos a partir, y ello es ineludible, de nuestra propia vida cotidiana y de los valores que en ella se expresan.

¿Crisis de la sociología?

Creo necesario por ello referirme en primer lugar a una preocupación general que puede parecer fuera de lugar pero que en realidad actúa como “telón de fondo” de mi reflexión.

Encuentro, a primera vista, dos tendencias que considero sintomáticas de las dificultades que la sociología enfrenta hoy para mantener un mínimo de legitimidad: a) la aguda disminución en la matrícula en la carrera de sociología en las principales universidades del país; b) la tendencia de nuestros colegas, al especializarse, a perder su identidad como sociólogos, y considerarse, según el caso, historiadores, demógrafos, o urbanistas.

Pareciera que estamos ante un prematuro envejecimiento de una carrera que hace apenas 20 años gozaba de perfecta salud. La contracción del mercado de trabajo dependiente en gran medida del crecimiento del sector público, es sin duda parte de la explicación. Sin embargo, resulta demasiado cómodo achacar todo a la crisis. Estamos obligados también a hacernos otras preguntas y a pensar por ejemplo si el “mundo académico” está siendo capaz de adecuarse a este tiempo nuevo, de redefinición de parámetros no sólo económicos y políticos sino también culturales.

Esta preocupación se expresa cada vez con mayor frecuencia. Volvamos la mirada a nuestro ámbito más cercano: los profesores de la Facultad de Ciencias Políticas intercambian puntos de vista (de nuevo me remito a observaciones personales). Los intereses de los estudiantes, dicen, se han desplazado; todavía no se sabe con precisión hacia dónde. El marxismo ya no les apasiona y existe un espíritu de “búsqueda” en una minoría, mientras se comprueba escepticismo y apatía en la mayor parte.

Tales actitudes esconden seguramente un desencanto que trasciende con mucho al régimen político y que llega también a la universidad.

No pretendo aquí analizar estos fenómenos, lo que por otra parte requeriría de una investigación en forma. Sólo quiero señalar que una situación como la que traté de escribir de una manera un tanto anecdótica, nos obliga a revisar nuestros temas de investigación y nuestras formas de integración a la vida universitaria. Mantenernos en nuestros viejos temas y viejas rutinas es, en el límite, jugar a dar realidad a una leyenda que leí en un muro de la Facultad. Decía así: “Sociólogo = rara especie en vías de extinción”.

Las razones de un olvido

La temática que nos ocupa –cultura y poder– nos obliga, en primer lugar, a identificar las resistencias que nos han impedido atender a ésta antes con la suficiente profundidad y continuidad; es decir, entender algunas de las razones que explican este “olvido”.

El olvido al que me refiero es sólo relativo. Resulta un contrasentido pensar que la dimensión cultural pueda estar ausente en la producción sociológica (las obras importantes contienen siempre en mayor o menor medida una reflexión cultural). Lo que sí ha estado ausente, reitero, es un esfuerzo colectivo importante de los sociólogos mexicanos para investigar la problemática cultural en general (lo que incluye las zonas de “intersección cultura-política”) que pueda compararse, por ejemplo, al esfuerzo desplegado alrededor del problema del Estado.

Creo que si en los próximos años lográramos atenuar este desequilibrio, podríamos dar nueva vitalidad a nuestra disciplina para contribuir así a impulsar una crítica cultural que se desarrolla con éxito en algunas revistas y suplementos culturales y que tiene, paradójicamente, un mayor alcance político que la crítica que se quiere a sí misma rabiosamente política.

Al describir *grosso modo* el desarrollo de la sociología en México y en particular de su “institucionalización” hace algunos años,² destacábamos los logros que, sin ánimo apologético, deben calificarse como sorprendentes si se toma en cuenta que se realizaron apenas en tres décadas. En ese lapso las ciencias en México se dotaron de una base institucional en docencia e investigación, que en los años setenta era única en América Latina.

Es claro que este proceso fue posible porque así lo permitieron el crecimiento económico y la estabilidad política del país. Pero en ello también tuvo un papel fundamental la labor inteligente y audaz de individuos que dedicaron parte importante de su tiempo a crear y consolidar esos “espacios”.

Su éxito se debió, creo, a que supieron ver con claridad cuáles eran las prioridades en ese momento. La primera era lograr que la sociología fuera efectivamente una disciplina con perfil propio; la segunda, alcanzar un reconocimiento como tal. Ambos objetivos, por razones que paso a anotar enseguida, implicaban dirigir las preferencias temáticas a ciertos campos y no a otros.

En todas partes del mundo la sociología ha requerido de un especial esfuerzo para deslindarse de otras disciplinas sociales que ya se encontraban, al advenimiento de ésta, firmemente asentadas en el ámbito académico. En el caso de México, que por cierto es común a otros países de América Latina, un rompimiento fundamental fue con el Derecho; pero otro, menos importante desde el punto de vista institucional, pero más significativo para el conocimiento, fue tal vez su deslinde de la antropología.

² Ledda Arguedas y Aurora Loyo, “La Sociología”. En *Las Humanidades en México (1950-1975)*. UNAM, 1978.

En 1917 el doctor Manuel Gamio funda la Dirección General de Antropología y en 1937 se crea el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Hacia los años cuarenta la Escuela Mexicana de Antropología goza de reconocimiento internacional. Estos escuetos datos indican cómo la antropología en México tenía ya un gran camino recorrido cuando en 1951, en medio de dificultades, la sociología se instituye como carrera universitaria.

Nada era más natural. Al fin y al cabo la heterogeneidad cultural del país, la riqueza de sus etnias aunada a la posibilidad de poder estudiar los efectos de la “modernización” sobre estas comunidades, hacían de México un laboratorio privilegiado para la investigación antropológica. Pero todos sabemos que el auge y la crisis posteriores de la antropología, no pueden comprenderse si no es justamente al interior de la trabazón entre cultura y política, particularmente evidente en la política indigenista.

La valorización de lo indígena en el arte y como elemento ideológico, pero también como voluntad política encaminada a reivindicar los derechos de las comunidades indígenas, tuvo su punto culminante durante el régimen de Lázaro Cárdenas. Pero en los años cincuenta el país era ya otro. Mediaba una década de “buena vecindad” con Estados Unidos, de acelerada industrialización y de vientos modernizantes, en que al indigenismo se le incorporaba una nota de “folklore” y la antropología daba signos de cansancio. Es entonces cuando la sociología entra en escena en lo que podría interpretarse como una especie de “relevo”. La flamante disciplina vendría a corresponder a un México más moderno y sobre todo más urbano.

Visto en la superficie pareciera que ante esta sociología del presente y del futuro que se colocaba a la vanguardia, la antropología quedaba rezagada, deleitándose con un México incomunicado y monolingüe destinado a desaparecer. Sin embargo, vista a distancia, la crisis de la antropología a finales de los años sesenta y el desarrollo posterior de la sociología nos indican que lo que se desintegraba no era la antropología, sino determinada antropología y que lo que aparecía como una disciplina social plena de potencialidades no era la Sociología sino determinado tipo de sociología.

De hecho actualmente los antropólogos han roto barreras y realizan una parte considerable de su investigación en el medio urbano.³ Los sociólogos por nuestra parte hemos tenido que reconocer que la antropología posee un caudal de conocimientos valiosos para los temas que ahora nos interesamos en investigar.

Sin embargo, este acercamiento recién empieza. Existe todavía un recelo mutuo originado en parte por la eterna polémica entre la concepción durkheimiana de que la cultura es un producto de la sociedad y la posición igualmente radical del culturalismo en el sentido de que la organización social sólo puede ser entendida en función de la “cultura” de la que dimana. Otra diferencia que tiende a cavar un abismo entre ambas disciplinas se refiere al enfoque sincrónico que ha caracterizado a la práctica del antropólogo cuando describe una cultura tal como puede ser observada en el momento en que entra en contacto con ella, *versus* el enfoque sociológico que se ha

³ Consúltense, por ejemplo, las publicaciones de la Casa Chata.

inclinado más por estudios diacrónicos, en que parte esencial de la explicación estriba en entender el camino recorrido por determinada sociedad para llegar a su configuración presente.

La distancia que quiso guardar la sociología respecto al saber y a la práctica antropológicas se explica menos como resultado de diferencias metodológicas que como una postura típica de la fase de reivindicación de toda nueva disciplina en pos de un campo propio de estudio.

Otro deslinde necesario para la sociología se verificó con esta tradición ensayística sobre "lo mexicano" que por más de dos décadas había tenido un importante lugar en la vida intelectual del país.

De la obra de Samuel Ramos y Octavio Paz, sus más brillantes exponentes, casi nada queda en pie cuando es visto a través del "lente sociológico". Nada más explicable que la actitud de los jóvenes egresados de la entonces Escuela de Ciencias Políticas hacia sus ensayos: admiración hacia el intelecto poderoso, hacia las instituciones estremecedoras y la impía escritura; distancia frente a sus afirmaciones falaces, su insistencia en asimilar lo inasimilable, finalmente frente a un "hombre y una cultura" mexicanos en los que no se reconocían ya cabalmente.

Es claro que este proceso debiera ser analizado en profundidad, y lo será seguramente si alguna vez se escribe la sociología de la sociología mexicana. En todos estos deslindes, en las alternativas y en los rechazos implícitos se podrá perfilar con nitidez la acción de una comunidad en gestación (sociólogos, politólogos) que lucha por un espacio en el campo del conocimiento, en el medio institucional y, de manera más amplia, en la vida social y política del país.

Para los fines que aquí perseguimos nos basta señalar algunos puntos de referencia. La fase afirmativa de la sociología mexicana debe situarse en los años sesenta. La obra más representativa del período es, a nuestro juicio, *La Democracia en México*, de Pablo González Casanova, publicada en 1965. Este libro, en que se someten a crítica los logros de 50 años de Revolución, contribuye de manera inusitada a legitimar a la sociología como disciplina y como carrera universitaria; su pertinencia es indiscutible en cuanto responde a la necesidad de reformas sociales y políticas que se hará patente, en la escena política, al finalizar la década. El análisis de González Casanova se realiza de hecho sobre dos líneas: la primera, basada en el manejo de datos empíricos, establece hipótesis mientras la segunda destaca el proceso de conformación de diversos grupos de presión, así como la génesis de instituciones políticas.

Si en los años inmediatamente posteriores a la publicación de *La Democracia en México*, el enfoque empírico despierta interés entre los profesores y egresados de la Escuela de Ciencias Políticas, éste se va a desplazar muy pronto hacia los escritos de los desarrollistas, la teoría de la dependencia, la nueva izquierda norteamericana y el marxismo (en esa época todavía no dominante). Luego, los efectos del movimiento estudiantil de 1968 y en especial la hegemonía del marxismo dentro de la Escuela, anularían cualquier posibilidad de que los alumnos de generaciones posteriores conocieran suficientemente los métodos y las técnicas empíricas.

En cambio, la segunda línea de *La Democracia en México*, la histórica, sí logró desarrollarse, a un punto tal, que buena parte de la historia que sobre México se ha escrito en los últimos veinte años, se debe a sociólogos y politólogos más que a los, *strictu sensu*, historiadores.

No es necesario insistir en las razones que explican la gran tradición y legitimidad del estudio de la historia en nuestro país. Hablar del pasado es fin y principio para políticos e intelectuales. En la sociología, las influencias europeas jugaron en el mismo sentido. La preferencia por Europa sobre Estados Unidos mostrada por los estudiantes mexicanos obedeció en parte a una postura ideológico-política; una especie de traducción del antimperialismo tradicional de la izquierda, en rechazo hacia la producción sociológica norteamericana. Pero también, en principio, existía una mayor afinidad intelectual con las tradiciones europeas, cuyo núcleo duro se nutre de la filosofía y la historia, que con la sociología norteamericana articulada en esos años por el paradigma sistémico.⁴

Todos estos factores permiten explicar por qué el universo temático de la sociología en México estuvo y está aún en gran parte delimitado por la preferencia hacia la macrosociología antes que hacia la micro; hacia las determinaciones económicas y políticas antes que las culturales y psicológicas; los métodos cualitativos antes que los cuantitativos; el estudio de la vida “pública” frente al descuido de la vida “privada” y finalmente por el análisis de la dimensión diacrónica más que por la sincrónica.

Cabe señalar que hacia la segunda mitad de los setenta, coincidiendo con la Reforma Política, con la “bonanza” que permitió la ampliación de espacios institucionales y con el auge de la industria editorial, se abren paso nuevas publicaciones y nuevas temáticas. Revistas como *Vuelta*, *Nexos*, y en menor medida *Proceso*, los diarios *Uno más Uno* y más recientemente *La Jornada*, sumados a los ya existentes (dentro de los que destaca el suplemento cultural de *Siempre!*), han dado a conocer a través del reportaje, la entrevista y el ensayo, pero también del epigrama, la fotografía y la caricatura, opiniones, preferencias, formas de vivir nuestra ciudad, proyectos políticos y “concepciones del mundo” diversas. Creo que al menos en este punto es posible afirmar que hubo un avance sustancial durante la última década, aunque el grupo social que hoy tiene acceso a estos medios es tan reducido que no es posible sentirnos satisfechos al respecto.

En el ámbito propiamente académico, de alguna manera vinculado a estas publicaciones, pero con una dinámica y características propias, la producción también crece enormemente. A la historia social y política, al estudio de los movimientos sociales, a los temas clásicos de la demografía, viene a sumarse nuevos enfoques para problemas nuevos: el análisis con métodos modernos de procesos electorales, metodologías específicas para descodificar el discurso político y literario, reflexiones sobre temas científicos y tecnológicos, sobre los medios de comunicación masiva,

⁴ Para un análisis de las principales tendencias sociológicas norteamericanas, véase Friedrichs Robert, *Sociología de la sociología*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

aproximaciones diversas a la vida urbana, además de una discusión renovada sobre el devenir de la democracia y del socialismo.

Aun así, la intensidad de los constantes cambios económicos y sus repercusiones en la vida social, producen un estado de desconcierto al que nadie puede sustraerse. El tiempo de hoy deja “desfasados” a los investigadores, acostumbrados a producir con ritmos y recursos de “desarrollo estabilizador”. La adecuación a esta situación de crisis es difícil, pero paradójicamente abre nuevas posibilidades. Dentro de éstas, destaca para la sociología un rejuvenecimiento que, pienso, pasa por un interés redoblado por la investigación y la crítica cultural. Y ello porque la crisis por la que atravesamos no es solamente económica; lo percibimos cuando en nuestra vida cotidiana nos vemos precisados a cuestionar formas de pensar y trabajar, de sentir nuestra “mexicanidad”, de relacionarnos y divertirnos, de ver nuestro futuro y el de nuestros hijos. Insisto, todo esto se tendrá que traducir como necesidad vital de reflexión cultural, aunque, por ahora, en el medio académico existen obstáculos que actúan como inercias e impiden dar a “lo cultural” el lugar que merece dentro de la investigación sociológica.

El miedo a resbalar

Los marcos institucionales imponen a los investigadores que trabajan en su interior ciertos parámetros, de tal manera que su interés por tal o cual temática no obra en el vacío.

El interés por fenómenos culturales se manifiesta en las lecturas, en la conversación, en algún ensayo escrito como “divertimento” por parte del investigador. De igual manera en sus trabajos, ya sean éstos de demografía, de historia o de sociología política, “lo cultural” aparece en la explicación, aun cuando sea en un lugar secundario. Pero de ahí a abandonar los temas que ha trabajado durante los últimos años y en los que siente seguridad para dedicarse a un objeto nuevo, específicamente cultural, existe un salto que no puede tomarse sin medir las consecuencias.

En efecto, aun cuando existe una gran libertad de investigación, el académico, al optar por un objeto de estudio, tiene que considerar las posibilidades de realizar en un tiempo determinado una investigación cuyo producto final deberá ser aceptado por las instancias que en un momento o en otro dictaminarán sobre su cientificidad. Existe pues un “riesgo” que es evaluado por el investigador cuando toma su decisión. El riesgo, ésta es mi hipótesis, es mucho más alto en temas de cultura que en otros campos y actúa, por tanto, contra las posibilidades de inclinarse por esta opción. Pero ¿a qué se debe que el riesgo sea mayor? La respuesta comienza por la dificultad misma para definir “lo cultural” que proviene de la falta de consenso respecto al paradigma o paradigmas adecuados y por último, por una serie de prejuicios no menos importantes, que actúan como una especie de autocensura sobre el investigador. Estos se manifiestan en algunas muy justificadas resistencias:

- a) A escribir empeñosamente un ensayo y que sea descalificado por estar basado en “intuiciones” o en “impresiones”.
- b) A ser acusado de psicologista (que es un grave pecado) por aludir a intenciones, motivaciones, creencias o sentimientos de los individuos.
- c) A ser acusado de “hacer filosofía” por incluir la discusión de valores, de necesidades humanas, etcétera.
- d) A ser considerado “frívolo” por utilizar en sus escritos materiales provenientes de la vida cotidiana.

Estas resistencias empiezan a ceder porque lo que hemos llamado ámbito académico no es, afortunadamente, un espacio cerrado: el cuestionamiento, casi siempre envuelto en pasividad, de los estudiantes; la vitalidad de un periodismo inteligente (vitalidad que echamos de menos en los cubículos y las aulas) y, si requerimos de voces autorizadas, los escritos de autores como Roland Barthes y Michel Foucault, obran sin duda a favor de una mayor flexibilidad y diversidad en la construcción de nuestros objetos de investigación, incitándonos además a buscar formas más libres para expresar nuestras ideas.

El enfoque sociológico

En México una buena parte de los artículos y libros recientes sobre temas culturales eluden las discusiones meramente conceptuales y las definiciones formales con las que solían desalentar a los lectores. Actualmente los autores prefieren, tras algunas consideraciones más o menos amplias sobre el enfoque adoptado, pasar a “problematizar” su objeto de estudio. Esta actitud ha sido sana, pues en lugar de largas disquisiciones, la mayoría de las veces pretenciosas y excesivas, se ha podido acumular una cantidad significativa de trabajos sobre temas originales.

Debo decir sin embargo, que ello nos pone en aprietos si queremos reflexionar sobre la especificidad del enfoque sociológico para los estudios de la cultura. En primer lugar, puesto que existen teorías diferentes y escuelas rivales sobre lo social, ¿puede legítimamente hablarse de un “enfoque sociológico”?

Independientemente de que quienes tengan la razón última en el debate sean aquéllos que afirman que la sociología posee un objeto propio y por tanto su *status* científico se encuentra bien sentado o bien aquellos otros que se interrogan sobre el devenir de una disciplina cuyo objeto (el concepto de sociedad de los padres fundadores) carece de validez, lo cierto es que, en la práctica, los sociólogos siguen pensando a partir de ciertas premisas sobre las que existe un mínimo de consenso y que consisten simple y llanamente en la concepción de orden social y de cambio social.

Por otra parte, puesto que la mayoría de las escuelas contemporáneas de sociología están vinculadas ya sea a la tradición durkheimiana o a la tradición weberiana, podemos suponer que en el pensamiento de estas dos corrientes se encuentran los fundamentos de lo que podríamos denominar “enfoque sociológico”. Entre ese en-

foque y la esfera cultural existe una estrecha relación: basta quizá recordar que para Emile Durkheim el espacio teórico fundamental de la sociología estuvo constituido por la comunidad de valores, normas y creencias. Para Max Weber la comprensión de la acción “social” sólo es posible si medios y fines se sitúan con “referencia a valores”.

Göran Therborn⁵ no se equivoca cuando señala que el objeto de la sociología, como tal fue destuido por los padres fundadores (entre ellos Durkheim y Weber) ha sido “el descubrimiento y el análisis de la comunidad de valores y normas en agregados humanos de varios tipos y tamaños”, es decir, de la “comunidad ideológica”. La centralidad de la moral y la religión en la obra de Durkheim, y los dilatados esfuerzos de Weber por establecer las complejas interrelaciones entre sistemas religiosos, esferas éticas y “estilos de vida” indicarían la preeminencia de dicha “comunidad ideológica” para el pensamiento sociológico.

A partir de ello podemos establecer que “lo cultural” no sólo ha sido objeto de una multiplicidad de análisis sociológicos sino, más importante, ha sido *inherente* al análisis sociológico.

Lo anterior equivale a afirmar que la sociología en sí, independientemente de que centre su atención en cuestiones económicas o políticas, se encuentra marcada desde sus orígenes como una ciencia de la cultura. Es paradójicamente esta vocación primaria por la cultura, lo que ha permitido el encuentro de la sociología con las corrientes críticas del pensamiento occidental representadas, entre otros, por Marx, Nietzsche y Freud. Estos encuentros, dentro de los que destacan los trabajos de la llamada Escuela de Frankfurt hacen pensar que si bien Nisbet⁶ tiene razón al señalar que la sociología en sus orígenes fue una ciencia conservadora, ello no puede interpretarse como un destino ineluctable.

Una vez asentada nuestra convicción sobre la fuerza explicativa del análisis sociológico para investigar las interrelaciones entre cultura y política, habría que precisar algunos parámetros del análisis sociológico, sin pretender por ello postular una única vía teórica y metodológica. De hecho la diversidad de la producción en ciencias sociales, que en los últimos años se ha visto enriquecida con los aportes de la semiótica, la lingüística y la teoría de la comunicación, nos lleva necesariamente a abrir puertas y no a cerrarlas.

Por “abrir puertas” quiero indicar la disposición a penetrar en campos nuevos, a descubrir metodologías y técnicas en las que no tenemos “entrenamiento” previo, a tratar de comprender la lógica interna de análisis perteneciente a escuelas ajenas: pero al mismo tiempo a ejercer la crítica más allá de las modas y desechar caminos que ya han mostrado, aquí o en otros países, su estrechez. Quiero referirme específicamente a dos tendencias frente a las cuales es importante mantenernos vigilantes.

⁵ Goran Therborn, *Ciencia, clase y sociedad. (Sobre la formación de la sociología y el materialismo histórico)*, México, Silgo XXI Editores, 1980.

⁶ Robert Nisbet, *La formación de pensamiento sociológico*. Buenos Aires, Amorrortu, 1966, dos tomos.

La primera tendencia puede denominarse “culturalismo” y engloba una amplia gama de estudios antropológicos y sociológicos que privilegian el nivel cultural. Generalmente su concepción de “cultura” no sólo es global sino que tiene un carácter plenamente totalizador. En estos estudios todo es considerado, en última instancia, cultural, además, en esta concepción, la cultura se encuentra dotada de una enorme cohesión y algunos autores postulan la existencia de rasgos culturales específicos, a los que confieren un papel central en la integración de la cultura como objeto de estudio. Otra característica generalizada en este tipo de enfoque consiste en la sobrevaluación del proceso de socialización como modelador del individuo. Aunque no todas las investigaciones “culturalistas” asumen de la misma manera ni en el mismo grado estas proposiciones, en todas sus variantes encontramos un mismo resultado: la acción social, propiamente dicho, se halla muy limitada o de plano ausente en el análisis. Se trata en el fondo de interpretaciones que sucumben a la tentación “determinismo cultural”.

Resulta paradójico que esta tendencia, que por otra parte ha gozado de considerable prestigio, sobre todo en el medio académico norteamericano, se diga heredera de la tradición sociológica clásica y que en el camino se haya alejado tan radicalmente de ella. Si bien es cierto que Durkheim y Weber dedicaron buena parte de su obra al análisis de fenómenos culturales y que su concepción misma de sociedad derivaba de una idea de comunidad cuya cohesión no puede darse sino a través de elementos culturales (los valores en primer lugar), ello no implica que estos autores nos propongan una interpretación culturalista de lo social. Una lectura cuidadosa de *Las formas elementales de la vida religiosa* (y no sólo de los primeros dos capítulos y de las conclusiones), hacen caer por su propio peso los argumentos en el sentido de una interpretación “idealista” de la religión. Lo que sí encontramos es una tendencia hacia el reduccionismo sociológico cuando en proposiciones tajantes, Durkheim hace derivar, sin mayores precisiones, el fenómeno religioso o incluso las categorías del pensamiento, de la “acción colectiva”. Afortunadamente no se trata sino de párrafos aislados en medio de una obra que se caracteriza por ser sistemática, precisa y matizada.

En el caso de Max Weber apenas es necesario señalar que su metodología es ajena a cualquier tipo de determinismo y que basta una revisión de sus escritos, especialmente aquellos que se refieren a las religiones, para convencernos de que sus análisis buscan siempre desentrañar interrelaciones múltiples que finalmente deberán permitir la “comprensión” de fenómenos históricos concretos.

En resumen, el “enfoque sociológico” al que me he referido, debería de evitar la trampa del culturalismo que está mucho más extendido de lo que a primera vista parece. A manera de ejemplo léanse las primeras páginas de *Vecinos Distantes*, de Alan Riding en donde, sin ninguna originalidad, el autor intenta caracterizar al mexicano y a su cultura política, para hacer gravitar más tarde sobre estas apreciaciones, diagnósticos y predicciones muy discutibles.

El análisis sociológico debe estar igualmente libre de otro tipo de reduccionismos aún más extendidos. Me refiero al sociologismo y al marxismo mecanicistas, que a

pesar de sus diferencias tienen una misma matriz. Del marxismo mecanicista ya se ha escrito suficientemente para que valga la pena insistir. En cuanto al sociologismo (se trata por otra parte de un padecimiento que afecta a sociólogos y no a sociólogos por igual), se caracteriza casi siempre por dos rasgos: el primero consiste simplemente en remitir la explicación de cualquier fenómeno cultural a una “base social” que se toma como dada. El segundo consiste en que lo cultural aparece como “epifenómeno” y por tanto no se profundiza en ello, por considerarse que la expresión no es relevante. Aquí sí habría que señalar como uno de los precursores de esta posición a Durkheim, por su tendencia a hipostasiar la sociedad y lo social en general.

Lo que en Durkheim resulta comprensible, (finalmente estaba poniendo los cimientos de una nueva disciplina), hoy viene a ser producto de la ignorancia, el facilismo y cierto gusto por esquemas sencillos y comprensibles, que pueden ser consumidos sin ningún problema.

La crítica literaria, cinematográfica y en general de arte, ha padecido esta plaga en gran escala. Su difusión es tal que influye en las preferencias de ciertos grupos de consumidores de cultura.

El sociologismo es pues un reducto de “lugares comunes” y las ciencias sociales en la Universidad no están exentas de ello. En las tesis profesionales, por ejemplo, vemos estudiantes inteligentes que se proponen “probar” la presencia de intereses que actúan con fines manipulatorios en la producción y administración de la cultura. Este esquema, como ya ha observado Raúl Trejo, está muy generalizado en el análisis de “los medios”, aunque generalmente se agota en la denuncia y da lugar a un desperdicio lamentable de tiempo e ingenio.

A manera de conclusión

Si los sociólogos queremos penetrar en la esfera de lo cultural, lo primero que debemos conocer son nuestros límites, y estar dispuestos a trabajar con serenidad para trascenderlos. No se puede hacer sociología de la literatura sin cultura literaria; no se puede hacer sociología de la religión sin estar dispuestos a estudiar por meses y aun por años las formas religiosas. Ser sociólogos no significa poseer una “patente de corso” para incursionar en terrenos donde nuestra ignorancia es poco menos que absoluta.

Si de cultura y política se trata, como es el caso, las opciones son múltiples y el objeto de estudio determinará las necesidades de formación previa, pero en ningún caso puede ser suficiente una formación sociológica general, ni siquiera una especialización en sociología política, pues si realmente queremos trabajar con expresiones culturales, habría que poseer un acervo suficiente de conocimiento sobre la materia, y un buen dominio de métodos y técnicas específicas para analizar estas expresiones. Y eso desgraciadamente no se improvisa. Tal vez ésa es una de las razones por las que los sociólogos investigan tan poco en este campo, lo que hasta cierto punto

podría interpretarse como un signo de buen juicio de quienes temen navegar en aguas profundas en embarcaciones frágiles.

En las primeras páginas señalamos que la sociología política ha tenido un desarrollo considerable en los últimos años. Puesto que existe en esta área un interés creciente por los temas culturales, podemos pensar que de ahí puede partir un impulso importante. Pero ¿cuál sería la estrategia para aprovechar mejor este impulso?

Sugiero que se empiece por definir ciertas problemáticas que, situadas en la esfera de la cultura, son especialmente significativas para comprender los fenómenos de poder en la sociedad mexicana. Se trata, desde luego, de una tarea colectiva que nos obligaría a concretar ese interés difuso que decimos sentir por lo cultural.

Existen dos vertientes que me parecen prometedoras. La primera consistiría en una recapitulación, a partir de los trabajos existentes y de nuevas investigaciones, que nos llevara a una visión más completa sobre las principales tradiciones culturales que tienen vigencia. Sin duda tenemos estudios muy valiosos que incluyen biografías intelectuales, estudios de grupos culturales que marcaron su época (“Los Contemporáneos”, por poner un ejemplo), sobre la conformación de ideologías. Sin embargo, faltan análisis que nos permitan establecer las continuidades y discontinuidades en las “tradiciones culturales”.

Otra vertiente, íntimamente vinculada con la anterior, se encuentra en la problemática de la legitimidad. Este otro eje nos permitiría integrar nuevas investigaciones a la discusión sobre la coyuntura actual.

En este momento escribir sobre el presente significa casi necesariamente escribir sobre la crisis. El aspecto más dramático de la misma consiste en el callejón sin salida en que parece encontrarse la economía, pero, paralelamente, existe una crisis de legitimidad que es aún más significativa.

Las dificultades de legitimación del sistema político mexicano se han agravado por los efectos de la situación económica, aunque ya se percibían cuando la economía alcanzaba tasas brutas de crecimiento que se situaban alrededor del seis por ciento anual. Los síntomas de una sociedad en cambio que requería de respuestas diferentes a las tradicionales, provenían tanto de “la derecha” como de “la izquierda”, y se manifestaron sobre todo en los sectores medios, por ser éstos justamente expresión de las transformaciones económicas y sociales, pero también culturales, que había sufrido el país.

La respuesta articulada de sectores medios conservadores frente al libro de texto gratuito, y el fondo de crítica presente en los planteamientos de los médicos residentes que sufrían el autoritarismo del poder burocrático, a pesar de sus notables diferencias, expresaron ya en la primera mitad de los años sesenta esta dificultad del sistema para legitimarse. A raíz del movimiento estudiantil de 1968, que sintetiza de alguna manera el “*ethos*” de la clase media en la década, el fenómeno se diversifica y amplía. La burocracia, que asiste a un mitin de “*reafirmación institucional*”, grita: “¡Somos borregos!” y la palabra “*dignidad*” se utiliza en buen número

de movilizaciones posteriores, unida naturalmente al eterno reclamo de la democracia.

En los ochenta estos problemas se han agudizado a tal punto que no puede dejar de plantearse la cuestión de hasta dónde es válido seguir hablando de dificultades cuando tal vez ya se ha iniciado una verdadera “crisis de legitimación”.⁷

Evidentemente, existen múltiples aproximaciones a esta problemática: al hablar de legitimación estamos aludiendo a un proceso que se encuentra en la confluencia de fenómenos muy heterogéneos en los que la dimensión cultural es central. Una perspectiva interesante y muy amplia podría ser estudiar la interrelación entre legitimidad y legalidad, pues aunque la primera (referente al estado de derecho) es elemento sustancial de la segunda, no existe entre ambas una coincidencia total.⁸ Vale también la pena preguntarse qué cambios pueden darse en esta interrelación cuando, como en el caso de México, empiezan a agotarse otras fuentes de legitimidad. Para investigarlo, habrá que acudir a los referentes concretos de la legalidad y la legitimidad que se encuentran en la esfera de la cultura. En este sentido, las creencias, sentimientos, ideas y mitos que atañen directa o indirectamente al poder, constituyen un inmenso campo de cuestiones por resolver.

La cultura “objetiva” y “subjetiva” (empleo la clasificación de Simmel)⁹ ha estado, desde su nacimiento como idea, ligada a la vida social y política de los hombres. La idea de cultura alude “al espacio de lo humano”: vinculada en los románticos con la libertad como supremo valor humano y en la teoría crítica a la “alienación”; en los dos casos la cultura sólo se realiza a través de las relaciones de los hombres con los hombres, es decir, en la vida cotidiana que reproduce y crea las condiciones en las que se fundan las instituciones sociales y políticas.

Aurora Loyo

De la alborada roja a la perestroika

En octubre de 1987 la Revolución Bolchevique cumplía su 70 aniversario. Paralelamente a la conmemoración del gran acontecimiento histórico, los dirigentes de la URSS anuncian la puesta en práctica de una reestructuración sociopolítica encaminada a enderezar la dinámica interna de un país que, al exterior, ha intentado siem-

⁷ Véase Jürgen Habermas, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

⁸ P. Bastid, et al., *L'idée de Legitimité*, Institut International de Philosophie Politique, Presses Universitaires de France, 1967.

⁹ Georg Simmel, *El individuo y la libertad*, (ensayo de crítica a la cultura), Ediciones Península, 1986.